ROBERTO LEVILLIER: *Américo Vespucio*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1967.

Con todo rigor científico y con una sólida argumentación, el historiador argentino Roberto Levillier continúa en esta obra proyectando luz sobre la figura de Américo Vespucio. Si en «América, la bien llamada» se trató de los cuatro viajes del florentino, en la presente historia se dedica principalmente a esclarecer los efectos del tercer viaje «por interesar de manera directa a nuestra tierra y las vecinas». Porque, en efecto, la idea de que lo descubierto por Colón y los Pinzones era un continente, fue presentida por Américo Vespucio en agosto de 1501 y confirmada por él mismo en marzo y abril de 1502 «en altas latitudes de nuestro litoral, donde conoció el Plata y gran parte de la Patagonia».

Tal es la tesis del historiador argentino. A continuación, con irreprochable método se demuestra, con muy fuertes argumentos tomados de las relaciones del mismo Vespucio y de sus contemporáneos y de la cartografía que denota la presencia de «un abra anchísima entre 34 y 36 grados frente a la punta terminal de Africa, con los nombres de Uruay o Paraná, San Cristóbal, Solís o Jordán. Sabemos ahora que ha sido siempre el Río de la Plata», como dice Besio Moreno, ex vicepresidente de la Academia Argentina de Geografía y preclaro humanista.

Dos son las noticias que Américo Vespucio comunicó por primera vez a sus coetáneos. La primera, como queda dicho, es la continentalidad de las tierras descubiertas. No pueden ser más claras y expresas sus palabras acerca de esto en el *Mundus Novus*. Hablando de los nuevos países, añade: «los cuales Nuevo Mundo nos es lícito llamar porque en tiempo de nuestros mayores, de ninguno de aquéllos se tuvo conocimiento». Y poco más adelante llama a este Nuevo Mundo «*un continente* habitado por más multitud de pueblos y animales que nuestra Europa o Asia, o bien Africa», esta última afirmación evidentemente exagerada. Ya no se trataba, pues, de las inmediaciones de Catay ni de las Indias Orientales, de que siempre se había hablado hasta 1502.

La segunda idea que Vespucio iluminó audazmente fue la existencia de los antípodas. «Esto excede la opinión de nuestros antepasados, puesto que de aquéllos, la mayor parte dice que más allá de la línea equinoccial y hacia el mediodía no hay continente, sólo el mar, al cual han llamado Atlántico, y si alguno de aquéllos ha afirmado que había allí continente, ha negado con muchas razones que aquélla fuera tierra habitable.»

La mayor parte... Pero entre ellos, además, estaban Aristóteles y Tolomeo, el astrónomo árabe El Edrisi, Lactancio y San Agustín. Seguramente Vespucio sabía que su afirmación era contraria a las opiniones más autorizadas de su época y poco grata a los muchos filósofos partidarios de la doctrina tradicional.

La palabra *continente* no aparece una sola vez y como por azar en el relato de Vespucio, sino que se repite con insistencia: «plugo al Altísimo mostrar ante nosotros el continente». Al acercarse corrobora «que aquella tierra no era isla, sino continente», y deciden «seguir el litoral de este continente». La palabra mágica no había florecido por azar en los labios del florentino, sino muy maduramente considerada.

Estas novedades comunicadas por Vespucio a sus contemporáneos tuvieron pronta resonancia en las obras de algunos cosmógrafos y geógrafos europeos, ya desde el primer tercio del siglo XVI. Como dice Levillier: «Las Españas se prodigaron como dueñas de rumbos y océanos, pero los demás pueblos cultos de Europa, espectadores todavía, no eran ciegos, sordos o indiferentes a ese impulso vertiginoso.» Cosmógrafos y astrónomos, filósofos, cartólogos y geógrafos, especialmente los más jóvenes, se sentían impresionados por las noticias que conmovían y alteraban las teorías que durante siglos estuvieron vigentes.

De estas estupendas narraciones se derivó el mapa de Waldseemüller (1507), en el cual aparece por primera vez el nombre de América, aplicado al Nuevo Mundo. Waldseemüller, a quien protegía el rey Renato de Lorena, era —como dice Levillier— «el cartógrafo más entusiasta y activo de su tiempo, como se ve en su correspondencia con los cosmógrafos alemanes». El mapa de este cartógrafo se hizo popular y el agradable sonido de la palabra América contribuyó a la fortuna de este nombre. Este mapa, primero en que apareció el nombre de América, se añadió como apéndice a la primera edición de la *Cosmographiae introductio,* publicada por el Gimnasio de San Dié el 15 de abril de 1507.

Desde entonces son numerosos y cada vez más frecuentes los mapas citados por Levillier, que llaman América al Nuevo Mundo. Como se advierte, Vespucio no hizo nada para conseguir este honor, salvo la narración de sus viajes. Su gloria, por supuesto, no puede compararse a la de Colón ni es superior a la de otros muchísimos descubridores españoles y portugueses del siglo XVI. Pero tuvo la intuición y se dio cuenta antes que ninguno de que las regiones descubiertas eran un continente y, además, la buena suerte de que su relato, en manos de un cartógrafo lorenés, diese ocasión a la idea de imponer

su nombre a las nuevas tierra. «De allí —dice Levillier— que en la hora de Waldseemüller América fuese *bien llamada.*» Aunque, como es natural, siempre pueda discutirse si de otra forma hubiese sido *mejor llamada.*

Con razón, pues, el insigne Roberto Levillier refuta las invectivas de Las Casas contra Vespucio que inició su mala fama de usurpador mantenida hasta el siglo XIX. En su «historia» (llamémosla así), el dominico arremete contra «la injusticia y agravio que aquel Américo Vespucio parece haber hecho al Almirante o las que imprimieron sus cuatro navegaciones, atribuyendo a sí, o no nombrando sino a sí solo, el descubrimiento desta tierra firme; y por eso todos los extranjeros que destas Indias, en latín o en su lenguaje materno escriben y pintan, o hacen cartas o mapas, llámanla América». El carácter de Las Casas y el valor que debe atribuirse a sus afirmaciones ha sido ya suficientemente dilucidado, en especial por los recientes estudios de D. Ramón Menéndez Pidal. Todos sabemos que aquel varón virtuoso y violento a quien dolían en carne viva las injusticias y las cometía él mismo con increíble ligereza, era bueno para cualquier cosa menos para historiador, que por su propio oficio tiene que estar exento de pasiones o, por lo menos, señorear sobre ellas. Pero Las Casas, tanto en su leyenda contra Vespucio como en todos los errores que se contienen en su *Destrucción de las Indias* alcanzó una credulidad tan duradera que Levillier la llama «campaña cruel que encuentra corifeos y durante siglos corre sin que la contenga defensa alguna».

Este libro, como dice Roberto Levillier, «no es una biografía, sino la evocación de un navegante que, gracias a las circunstancias y a su voluntad, gravitó en los descubrimientos marítimos del austro en el Nuevo Mundo». Por lo tanto no es el mismo Vespucio, su personalidad, su vida y su carácter lo que atrae la atención del historiador, sino «esa treintena de años heroicos en los que España y Portugal descorren el velo de la Naturaleza». Por lo tanto, la figura de Américo Vespucio, aunque diseñada a grandes rasgos, queda más en la penumbra que las consecuencias de sus viajes. Américo Vespucio, castellano de adopción y desde 1508 piloto mayor de Castilla, fue como Cristóbal Colón, italiano de nacimiento y español por elección propia, aunque el viaje de 1502 lo hiciese al servicio del rey de Portugal. Pero la españolidad y la lealtad a los reyes de Castilla y Aragón penetró más profundamente en las venas del gran almirante, descubridor de América, Cristóbal Colón.

Levillier dedica su importante y cuidadosa historia «A España y a sus gloriosos hombres de mar, de Colón a del Cano, a quienes debe América su amanecer». Uno de estos hombres fue Américo

Vespucio, que si no excede a los demás en la gloria de sus hazañas, tuvo la intuición de conocer la magnitud del descubrimiento hecho por Colón y los demás tripulantes españoles, el honor de haber hallado, con el portugués Gonzalo Coelho, el Plata y la Patagonia, y la fortuna de haber inmortalizado su nombre, cuyas cuatro sílabas sonoras campean en todos los atlas del mundo y se pronuncia para designar aquella inmensa tierra que presintió Séneca en la *Medea* como un Nuevo Mundo que revelaría Tetis y por el cual ya no sería Thule (Islandia acaso) el extremo de la tierra.—JAIME DE ECHANOVE GUZMÁN.

MANUEL VILLEGAS LÓPEZ: *Charles Chaplin*. Editorial Alfaguara. Madrid, 1966.

El libro de Villegas López que hoy comentamos es, en mi opinión, un dato muy significativo de la contradicción con que se juzga la figura de Charles Chaplin dentro de la historia del cine. Debo adelantar que estimo a su autor como el crítico más agudo e inteligente de lo que denominaría rápidamente la «vieja crítica». (En contraposición a la «joven crítica», es decir, todos aquellos que se dirigieron hacia el cine cuanto nacieron las revistas especializadas, cuando el cine en nuestro país pasó a ser, gracias a esta «joven crítica» y a algún nombre aislado, como Villegas López, un elemento artístico-cultural al nivel de las demás formas de la cultura y el arte, aunque minoritario siempre, como corresponde a nuestra pobreza de desarrollo.) Pues bien, precisamente por ello, he sentido un cierto doloroso desencanto ante esta obra. Trataré de explicarlo.

Charlot es, hoy por hoy, el único director cinematográfico dentro de la historia del cine al que la gran masa del público ha reconocido como un *artista*. Hay, desde luego, algunos otros nombres —Hitchcock, por ejemplo— comúnmente aceptados, pero no son reconocidos como tales artistas, sino apenas meros *showmen*. El caso de Chaplin es, sin duda, único. Es el gran mito dentro de un género al que se niega la categoría de arte autosuficiente. Y este fenómeno es el que no debe olvidar —no puede— el crítico especializado cuando se enfrenta a Chaplin. Para el crítico que reconoce un gran autor en Murnau, Ophuls, Buñuel o Losey, el enfrentamiento aludido implica bastante más que el somero análisis de una obra y, justamente, porque a Chaplin se le ha juzgado como gran *artista* con los argumentos del